

Adultocentrismo, una categoría crítica emergente en América Latina

Entrevista a Claudio Duarte Quapper

[284]

En la presente edición de nuestra revista, dedicada a explorar las configuraciones sociales de los vínculos subjetivos e intersubjetivos, así como los desafíos contemporáneos que estas configuraciones enfrentan en el contexto actual, tenemos el privilegio de entrevistar al destacado sociólogo y educador popular Claudio Duarte Quapper. En esta conversación, abordaremos el tema del adultocentrismo, una problemática significativa en las dinámicas sociales modernas. Claudio nos compartirá su rica trayectoria personal y profesional, destacando su compromiso con la educación popular y su lucha contra las injusticias sociales, especialmente en relación con la juventud. Su experiencia y perspectiva nos proporcionarán una visión profunda y crítica sobre cómo las estructuras de poder adultocéntricas influyen en la vida de los jóvenes y cuáles son las posibles vías para transformar estas realidades. Sin más preámbulo, ¡bienvenido profesor!

Claudio Duarte (CD): En primer lugar, me gustaría agradecerles por la oportunidad de participar en este espacio de conversación. Siempre me ha parecido que el intercambio y diálogo son situaciones que nos permite desarrollar nuestra creatividad y nuestro ingenio para ir inventando nuevas categorías y formas de comprender lo social. Entonces estoy muy contento de estar con ustedes.

Soy Claudio Duarte Quapper, tengo cuatro hijas, un hijo y un nieto. Soy sociólogo de profesión de la Universidad de Chile, además de educador popular. Vengo del trabajo comunitario con jóvenes del tiempo de la dictadura. Como a los 15 años me vinculé a organizaciones barriales católicas vinculadas a la teología de la liberación, y desde ahí he estado trabajando con jóvenes.

Por cierto, en realidad vengo de otro campo profesional: yo estudié electrónica. Esa fue mi primera profesión, por obligación familiar y por la condición de pobreza en que vivíamos. Tuve que estudiar rápido y terminar pronto para ingresar al mercado del trabajo, pero nunca ejercí

esa carrera, y como era tiempo de dictadura me dediqué a la militancia política, a la militancia de la educación popular, y ya casi con 30 años fue que decidí estudiar sociología. Y una de las cosas que me motivó a estudiar esa carrera fue que unos cinco o seis años antes empecé a escribir, en una máquina de escribir en ese tiempo, a partir de la experiencia de educación popular que teníamos en un barrio de la periferia sur de Santiago que se llama La Granja. Teníamos una experiencia del colectivo de educación popular de *Newence*, que significa fuerza del pueblo. Recuerdo que allí me encargaba de sistematizar la experiencia. Fruto de eso, en el año 1992 estudié en Costa Rica, en una institución ecuménica, y lo que ocurrió fue que me llevé un material de la experiencia que desarrollamos producto del trabajo con jóvenes, entrevistas que les había hecho a jóvenes sobre las experiencias de educación popular. Veníamos de los años posdictadura, empezando los gobiernos civiles, y me sucedió algo bien particular allí: las ideas que iban planteando los jóvenes y las jóvenes, no solo no dialogaban, sino que iban en contra de la literatura que la gente de la institución donde estaba estudiando me pasó para leer, entre ellos Erikson y Piaget, para que lo vinculara teóricamente con las entrevistas de los chicos de La Granja. Entonces sentí que esa literatura hablaba de los jóvenes, pero los maltrataba, y además lo que decía no tenía nada que ver con mi experiencia. Por ejemplo, cuando Erikson plantea aquello de la moratoria psicosocial... para una persona que viene de sectores populares, que salió apurada a estudiar una carrera determinada para ingresar al mundo laboral, no existe moratoria, existe es una perentoria; se trata de un apuro, una urgencia. Entonces yo les preguntaba a mis profesores en el Departamento Ecuménico de Investigaciones, allí en San José de Costa Rica, si no existía otra teoría que fuera capaz de ofrecer perspectivas alternativas, y me contestaron que no sabían, que no tenían idea. Y es que ellos eran psicólogos y trabajadores sociales, es decir, se trataba de personas que habían sido formadas en estos paradigmas del siglo XX, y lo digo con todo respeto hacia esos campos del conocimiento.

Tengo una anécdota que puede llegar aclarar esto: la Universidad de Costa Rica se encuentra dentro de la ciudad, no es como en otros lugares, en los que habitualmente [el Alma Mater] se encuentra cercado; en

Costa Rica no, las calles cruzan la universidad. Entonces tomándome una cerveza con un compañero costarricense joven, que estudiaba filosofía, iniciamos una conversación, y le digo: “mira, Douglas, lo que sucede es que las mujeres dicen que nos encontramos en una sociedad patriarcal, y en base a esa idea del sistema patriarcal establecen un orden de género asimétrico, donde se expresa el dominio, es decir, una asimetría de lo masculino sobre lo femenino. Entonces, ¿cómo se podría denominar la asimetría que expresa el dominio de lo adulto sobre lo joven?”. Luego empezamos a poner en una servilleta nombres y términos. Él me platica sobre una ONG de Nicaragua donde compañeros y compañeras trabajaban con jóvenes, y menciona que ahí se usaba la idea del adultismo para designar el término de ideas adultas que se imponen contra los jóvenes. Pero yo le decía que esto no solo se trata de un problema ideológico, de ideas, sino que más bien tiene que ver con un orden social organizado en contra de la población juvenil. Así, después de dar unas cuantas vueltas, llegamos al término *adultocentrismo*.

Como el término era desconocido y nadie sabía de qué estábamos hablando, pues me dediqué a escribir. Puse que el adultocentrismo es un sistema de dominio de similares características al capitalismo o el patriarcado. Entonces, para llegar a este punto y plantear esta conversación, yo creo que fueron dos cosas las que se conjugaron allí. Por un lado, darme cuenta de que lo escrito sobre jóvenes los maltrataba, permitía una comprensión donde se focalizaba lo juvenil como un problema y un riesgo para la sociedad, y en contraposición aparecía lo adulto como aquello responsable y maduro que iba a salvarla. Y, por el otro lado, no solo se trataba de un conflicto generacional, sino de un modo de organización de la sociedad, de sus relaciones, es decir, [tenía que ver con] esos imaginarios de la distribución de los roles y el poder. Entonces, de forma un poco intuitiva, esta categoría logró emerger.

Entonces, si usted me pregunta cuáles son las perspectivas teóricas de influencia, yo diría que mis mayores influencias fueron los discursos juveniles, porque esos discursos me decían que esta sociedad era una que los maltrataba, una sociedad en donde tenían una tensión, un “rollo”, como diríamos en Chile, un rollo entre ser lo que que-

rían y ser lo que la sociedad les está imponiendo permanentemente. Y es a ese rollo al que se refiere la perspectiva del adultocentrismo. Entonces mi fuente principal, más que una perspectiva teórica sistemática científica, fue poner atención a la forma en que los jóvenes y las jóvenes estaban concibiendo su propia experiencia de juventud.

[287]

Maira Judith Contreras Santos (MJ): Entonces diríamos que se trata de una categoría que emerge como producto de la experiencia. Luego esa concepción e ideología es asimétrica con lxs jóvenes, pero también con lxs ancianxs, porque se establece una categoría en la que los adultos ocupan los escalones más altos y lxs ancianxs quedan relegados a los últimos peldaños.

Delma Constanza (DC): También pensaría que se trata de explicaciones locales que se vuelven universales y no contemplan nuestras realidades, y luego en base a esas explicaciones se desarrollan intervenciones que a la larga segregan mucho más.

CD: ¡Por supuesto! Entonces, estamos frente a una disputa epistémica, porque quienes hablaron sobre jóvenes durante una buena parte del siglo XX fundamentalmente fueron personas adultas, y además lo hicieron desde unas determinadas ciencias y unos determinados países que nos colonizaron con un pensamiento y nos impusieron una episteme y un modo de conocer. Y no era extraño escuchar que el mayor referente para hablar de jóvenes fuera nada más y nada menos que Erikson, con su noción de moratoria psicosocial. Entonces se trata de epistemes distantes de las jóvenes y los jóvenes. Por ejemplo, cuando uno revisa los cursos que se le ofrece a la juventud en los programas de formación universitaria en Chile, la mayor parte están referidos al problema de la juventud: juventud y drogas, juventud y delincuencia, etc. No existen cursos de cultura juvenil o de protagonismo juvenil. Casi no existe una mirada que los conciba como actores en tiempo presente, más bien los ve como un problema, y eso viene de esa episteme.

Por otro lado, nos ha costado validar y legitimar esta perspectiva de crítica al adultocentrismo y de proponer una alternativa, porque cuando se preguntan por la mirada teórica desde la cual se plantea y

se dan cuenta de que se trata de los discursos juveniles que surgen de manera inductiva, como que esta ciencia social, a mi juicio, tan dependiente de los formatos de las ciencias naturales, los infravalora y no les otorga peso epistémico. Entonces se suma otra problemática a la ecuación: ya no solo tiene que ver con el ninguneamiento de los jóvenes, sino con tratar de decir que la palabra de los sujetos y sujetas no es legítima desde la perspectiva de quienes hacen ciencia.

Otra cosa es que hoy día el adultocentrismo ya no se trata únicamente de una relación adulto joven, sino que, en el 2024, podemos decir que el adultocentrismo es un sistema de dominio que remite a imaginarios de adultez como lo valioso, lo potente, aquello que controla la sociedad; todo lo que no sea adulto queda dentro de una categoría de subordinación. Entonces durante la niñez y la juventud se trata de apurar el tránsito hacia la adultez y de esa forma hacerse parte del grupo de control y poder, y cuando estás en la adultez se trata de no salir de ella, de no pasar a la adultez mayor, en la que vas a pasar a un momento de la vida en el que, en este contexto de capitalismo neoliberal heteropatriarcal, de capacitismo, ser adulto mayor es un problema.

Entonces esta categoría nos permite leer lo generacional desde distintos puntos. Y es que nos ha llevado a la pregunta sobre la construcción social de la adultez, de la misma forma que lo hizo 30 años atrás la pregunta sobre la masculinidad en las cuestiones de género. Porque hay que preguntarse por los dominadores. En Chile, hace unos 15 años empezaron a aparecer estudios sobre clase alta. Entonces en los estudios generacionales también debemos preguntarnos qué pasa con la construcción social de la adultez.

Por otra parte, los espacios educativos, como lo pueden ser las universidades o los colegios, están organizados en torno a las relaciones generacionales, entonces se constituyen como institución. Existen unos cánones y un orden adultocéntrico que se regulan en referencia a las personas adultas. Necesitamos conocer y entender eso en profundidad, porque, si lo hacemos, quizás nos podamos librar de las cargas que el adultocentrismo, dentro de un contexto patriarcal y capitalista, nos impone.

DC: Sí, es necesario que desnaturalicemos esos discursos que tenemos interiorizados, y para hacerlo debemos ver esas relaciones que tú expones.

MJ: Entonces, antes de entrar al núcleo del concepto, también me gustaría conocer la trayectoria de la idea y, relacionado con ello, me gustaría hablar sobre su doctorado en España.

CD: La primera mirada del adultocentrismo estaba instalada en la asimetría entre adultez y juventud. Y haciendo una autocritica a mi trabajo, diría que se trataba de una mirada muy reducida y poco dinámica que esencializaba adultez y juventud. Con el tiempo, y a través de las prácticas con los jóvenes, puse en discusión esas categorías. Y es que tengo una noción de la teoría como lentes que ayudan a observar la realidad, no como un relato que se va a cristalizar o a *reificar*, como diríamos en sociología; al contrario, creo que es algo que requiere revisión permanente. Una de las cosas que aprendí con los jóvenes es que reproducen el adultocentrismo, y durante mucho tiempo eso me generó muchas complicaciones, porque en ese momento pude ver el esencialismo que yo mismo estaba cultivando en otras personas. Entonces me di cuenta de que la categoría no solo podía hablar de adulto y joven.

[289]

Por otra parte, también existían personas adultas que desarrollaban relaciones muy democráticas con los jóvenes, por eso tampoco podemos generalizar y asumir que todos ellos son iguales. Luego, esta diversificación y dinamismo me permitió entender que a lo que nos referíamos era a la adultez, uno modo de ser y hacerse adulto joven en la sociedad. También me di cuenta de cómo las teorías feministas iban densificando y complejizando su análisis saliendo de su binarios masculino-femenino, y eso lo traje prestado y lo llevamos a lo que llamamos estudios generacionales. Y ahí me pasó que, intentando sistematizar esta idea de adultocentrismo, decidí que mi tesis doctoral sería sobre este.

Fue así como en el año 2011 me pasó una cosa bien interesante terminando el máster. Y es que le comenté a la profesora Verónica Filardo, socióloga de la Universidad de la República en Uruguay, sobre mi intención de tesis y le dije que deseaba trabajar sobre adultocentrismo. “¡Excelente!”, me respondió... “porque yo creo que se trata de una categoría jabonosa”, ya que se te resbala de las manos, entonces necesitamos secarla para lograr asirla, pero no solo para agarrarla y dejar que se vuelva jabonosa nuevamente...”. Retomando a Kuhn, diría que soy de la lógica de la anomalía permanente, es mi forma de sentipensar. En-

[290]

tonces armé un diseño de tesis para trabajar sobre adultocentrismo y, durante el desarrollo del trabajo final, en un artículo propuse una primera categorización de adultocentrismo en torno a dos dimensiones: una dimensión de lo simbólico y otra de lo material. Tiempo después de publicar eso, aparece una chica y me dice: “profe, ¿en dónde ubicaría usted lo sexual?”. Y a mí me costaba encontrar una respuesta para eso. Entonces uno de los resultados de la tesis doctoral es que pasé de una categorización de adultocentrismo en dos dimensiones a tres, y agregué la categoría de lo corporal-sexual. Y actualmente estoy escribiendo un libro en el que trato de incorporar una nueva dimensión al concepto, la dimensión de lo político, a propósito de la discusión de niños y niñas jóvenes en la sociedad.

A todo lo anterior hay que sumarle la idea de que ese sistema de dominio del que venimos hablando se comprende si y solo si, como dicen las matemáticas, es leído en intersección con otros sistemas de dominio, a propósito de la idea de interseccionalidad que tomamos de la teoría feminista y de la idea de que esta es una sociedad de pluridominio. Es decir, el adultocentrismo como sistema de dominio es parte de una constelación, no en términos de niveles de dominio, sino más bien como planos que se articulan o se intersectan, pero que al tiempo están en un movimiento espiral permanente. Entonces ese ha sido un poco el tránsito, y en ese lugar nos encontramos en este momento.

MJ: A propósito de las cuatro dimensiones, se me ocurría que lo generacional ha estado muy definido por lo biológico, la edad y las definiciones de las teorías evolucionistas de la biología y de la psicología. Y con esas dimensiones se está visibilizando lo social, que por cierto habitualmente permanece oculto detrás de lo biológico. Sin embargo, tampoco se puede abandonar lo biológico, así que se presenta una especie de disputa. ¿Qué piensa entonces al respecto de esta dicotomía?

CD: Mira, el punto es por qué [se dan] las relaciones de dependencia y, por tanto, de subordinación, por qué hemos tenido que transformar los actos de alimentar, amamantar y acompañar a nuestras crías

en una relación de dependencia y subordinación, qué me da el poder de decirles a mis hijas o a mi hijo “tú me debes”, si se supone que era una relación de cariño y amor. De hecho, como me estoy haciendo adulto mayor de forma permanente ¡les recuerdo que ustedes me tienen que cuidar, ustedes me tienen que devolver ese favor! Eso ocurre porque el mundo adultocéntrico va construyendo las relaciones sociales, económicas, culturales y políticas para mantener este orden que privilegia a las personas adultas. Entonces retomo la idea de Humberto Maturana, ¿por qué transformamos las relaciones de amor en relaciones de dominio?

DC: En un medio como este, capitalista, colonial y patriarcal, con todas las relaciones de dominación que se entrecruzan, ¿podríamos decir que se trata de privilegios?

CD: Mi sugerencia ahí es que, de acuerdo con el lente analítico que estamos usando, distinguir de qué tipo de privilegio estamos hablando. Mira, una anécdota: dentro de una organización juvenil en El Salvador, las chicas se estaban quejando del trato que les daban los chicos. Entonces en un momento un chico se molesta y dice: “ya me tienen hasta acá con la cuestión de los privilegios, se quejan de ellos, pero qué son los privilegios”. Entonces yo me fui hasta el pizarrón y escribí la palabra privilegio, para hacer juegos de palabras siguiendo una lógica freiriana de palabra generadora, hasta que llegamos más o menos como a la siguiente idea: los privilegios son beneficios que se obtienen sobre la base de una relación de dominio. Entonces, como existe una relación de dominio, yo te puedo obligar a darme algo que me va a beneficiar a mí, pero no a ti. Es como cuando mandas a tu hermano menor y lo obligas a hacer la cama. Únicamente podemos hacer eso porque estamos en una posición de privilegio con respecto a la edad o el rol. Y existe un orden social que legitima eso, [que] lo disfrazan como respeto. Esa fórmula determina que las relaciones sociales están marcadas por la oportunidad de obtener privilegios.

MJ: Pero que no serían las mismas relaciones de dominación de clase.

CD: Por eso yo decía que depende del lente que estemos utilizando. Hay que distinguir, cuando hablamos de privilegios, de qué privilegios

se trata. Por eso el análisis no puede tender a la homogeneidad, necesita ser contextualizado.

MJ: Para ahondar en esta lógica de las relaciones de dominación, desde la perspectiva del adultocentrismo, ¿qué claves específicas ofrece esa perspectiva para entender la desigualdad?

CD: La desigualdad generacional existe porque en ese orden adultocéntrico hemos establecido que la mayor edad define las relaciones sociales. Solo por tener más años de vida sobre una persona puedes decidir sobre esa persona. Junto a eso, imbricados –como está organizado en torno a instituciones sociales–, los roles que se juegan en la inclusión también se encuentran impregnados de una capacidad de control sobre los demás. Entonces, el espacio educativo está definido de tal forma que el rol docente es superior al rol estudiante; en esa medida, cómo va a tener cabida todo esto que nosotros planteamos de la conciencia democrática, si estamos bajo la lógica de que existe un superior y un inferior. Necesitamos reelaborar y resignificar esos roles, además del concepto de edad. La edad no es un dato natural; el uso que hacemos de la edad es un dato sociohistórico.

Los estudios de adolescencia y cultura en Samoa que desarrolló Margaret Mead le generaron un problema, porque no tenía nada que ver con la noción de adolescencia de una estadounidense como ella. ¡Claro!, el machismo institucional antropológico en su época ninguneó su trabajo, no lo dejaron pasar. Pero ella se dio cuenta de que los adolescentes tenían voz y voto en la comunidad, eran tomados en cuenta, eran considerados, porque la edad no existía, y lo que importaba era la voz de las personas. Entonces, en la comunidad educativa, por qué va a tener más peso la palabra de un estudiante de último año de secundaria que el que viene entrando a secundaria. No estoy desconociendo que las personas en el ciclo vital vivimos distintos momentos, estamos teniendo experiencias y aprendizajes. Mi punto es que, si vamos a transformar eso en una mirada que siempre está poniendo a niñas, niños y jóvenes como el futuro, como el mañana, como lo que no existe, entonces los estamos sacando de la historia.

MJ: Me parece muy importante no desconocer que existe un proceso biológico, pero que se naturalizó, terminó definiendo las relaciones sociales y pasó a convertirse en un elemento del dominio que lo justifica. Poe eso debemos considerar la experiencia como una categoría importante, pero, ¿se pierde esta cuando se centra en lo biológico?

[293]

CD: Mira, uno de los aprendizajes de las teorías feministas ha sido mostrar que el sexo, antes dicho como lo biológico, también tiene una asignación social. Y la lectura que aprendimos a hacer con base en estos paradigmas adultocéntricos, en el siglo XX, era que el ciclo vital se trataba de algo biológico, y no, pues está lleno de lecturas sociales sobre los hechos biológicos. Lo que estas ciencias han tratado de hacer es sostener las lógicas del dominio. La noción de madurez, por ejemplo, es un artificio adultocéntrico.

Pero tú mencionas otro concepto que es fundamental y es el de experiencia. Porque se puede transformar la experiencia, algo tan rico y variado, en un artefacto que me permite ejercer dominio, como si dijera que sé más que ustedes, porque soy mayor, o porque soy un hombre blanco heterosexual. La experiencia no tiene que ver con la cantidad de años vividos, la experiencia la concibo como el conjunto de aprendizajes que elaboramos a partir de la reflexión de lo vivido. ¿Quién no tiene experiencia? Es decir, todas las personas tenemos experiencias, todas las personas podemos desarrollar aprendizajes a partir de lo vivido, de acuerdo con el proceso que hemos vivido. Entonces, si todas las personas tenemos experiencias, los diálogos entre generaciones se pueden sostener en el intercambio de experiencias. Porque si yo voy al aula con este libro y se lo tiro en la cara a mi estudiante simplemente por ser doctor, voy a invalidar la conversación. Pero si tú partes de la experiencia, con Freire y la educación liberadora, todas las personas van a tener algo que decir y aportar, y produciremos un espacio de aprendizaje e intercambio conjunto, y los adultos podremos aprender de los estudiantes jóvenes. Imagínate que pudiéramos desarrollar la crianza a partir de diálogos intergeneracionales... pero no sabemos dialogar. Así que hay que rescatar el concepto de experiencia y el concepto de diálogo y ponerlos

nuevamente en la sociedad como un valor, como una cuestión importante, y así producir espacios de aprendizaje conjunto.

[294]

MJ: Pensaba en esa lógica del diálogo intergeneracional como la resignificación del poder, porque no todo el poder es dominio. Más bien como algo que implique la potenciación del diálogo y del encuentro, y eso implica repensar las lógicas del poder y la autoridad. En ese sentido, ¿cuáles son los límites con los que se ha encontrado en las ciencias sociales para hablar del tema, las herramientas para conceptualizarlos, los límites epistemológicos y metodológicos, ontológicos, biológicos y contextuales?

CD: Para mí lo más difícil ha sido que se legitime en los espacios académicos el saber producido propiamente por los jóvenes y que se le dé un valor epistemológico a ese saber. Y es que no todo debe pasar por la regla del metro: hay intuiciones, elaboraciones provisorias, hay preguntas emergentes en las filas juveniles que necesitamos conocer y abordar a través de métodos mucho más cotidianos, lejos de esa metodología científica que nos enseñaron, siempre buscando no cerrar el camino del método a una forma. Y es que muchas veces, por seguir la norma y el canon, pierdes acontecimientos de la vida cotidiana que no van a volver a ocurrir, preguntas que posiblemente no vas a volver a escuchar. Entonces yo creo que ese sería uno de los principales problemas. Lo segundo es que existe un dinamismo en las vidas juveniles, que no solo es rápido, sino también vertiginoso, es decir, el cambio en las generaciones jóvenes es muy acelerado. Al respecto, a veces tengo la sensación de que no logramos entrar en el ritmo de la cotidianidad de los procesos históricos. Ahí veo otro límite.

DC: Límites, bordes a desbordar, porque están los bordes, que también son construcciones sociales.

CD: Mi ánimo, en lo personal y con relación a la gente con la que trabajo, es no quedarnos con el primer hallazgo. Cuando empiezan a aparecer tendencias como resultados, [debemos] volver a preguntarnos, por lo contrario, [y] tensionar aquello que está apareciendo. O cuando escuchamos una voz que no estaba dentro de nuestros objetivos, ir de-

trás de esa voz. En ese sentido, desbordar los bordes se convierte en una cuestión fundamental, pero ello requiere un atrevimiento investigativo. Por eso es muy importante esta lógica de mostrarles a los estudiantes cómo pueden ir creando permanentemente sus propias metodologías. La misma experiencia investigativa creo que es una cuestión que ayuda mucho. Planteo [las cosas] de acuerdo con lo que me acaba de decir la gente y desde allí lo llevamos a la teoría, y luego habrá un momento para elaborar aportes teóricos. No estoy despreciando la teoría, pero no es la teoría mi punto de partida.

MJ: ¡Darles el valor epistemológico a esas categorías!

DC: Una teoría eurocétrica es ajena a nuestra génesis.

CD: Claro, lo interesante es que tienes que asumir que esos jóvenes son actores y actrices. Por eso su palabra vale, no solo porque están diciendo algo que a ti te interpela o te gusta, sino porque les concebimos como personas en tiempo presente. Rossana Reguillo dice que hemos trabajado con una epistemología de la distancia con las jóvenes y los jóvenes, y propone una epistemología de la cercanía, y yo la interpreto como “vaya a poner el cuerpo al lugar”. Es un poco como esto de lo situado, lo implicado, lo sensible. Esa metodología es la que buscamos. A mí sí me gustaría llegar a ser parte de una epistemología de la solidaridad con las y los jóvenes. En esta sociedad lo que los jóvenes requieren es solidaridad, no como un acto caritativo que algunos adultos buena onda podemos hacer, no. Solidaridad significa ir a ponerse de parte de ellos y ellas e ir a aprender, potenciar y provocar.

MJ: ¿Qué claves serían fundamentales para hacer intervenciones no adultocéntricas?

DC: Existen tres o cuatro cositas como claves, jamás recetas. Una: es necesario cambiarse los lentes, es decir, las marcas adultocéntricas que tenemos en nuestro imaginario para producir otros imaginarios. No podemos seguir reproduciendo estos imaginarios adultocéntricos de la juventud como problema. Tenemos que ser capaces de construir una mirada de lo juvenil como sujetos y sujetas con potencialidades y capacidades. Lo segundo tiene que ver con la episteme de la solidaridad, es decir, te-

[296]

nemos que tomar un lugar en el conflicto y tenemos que situarnos en la conflictividad que el adultocentrismo impone en la sociedad. Entonces no podemos dejar de lado eso. Lo tercero es que necesitamos centrarnos en el sentido del lugar social en el que estamos trabajando con jóvenes. Es decir, ¿lo hago en tanto joven, en tanto adulto o adulta, para poner en discusión esta lógica del ciclo vital que nos hace creer que usted primero es niño o niña, después joven, después adulto, después viejo? Porque esas lógicas plantean que siempre fueron etapas sucesivas en el tiempo y jamás simultáneas. Nosotros trabajamos con el paradigma de la simultaneidad.

Otro de los elementos que me parece importante es poner atención cuando hablamos de la participación juvenil. ¿Qué implicancias tiene, en la acción comunitaria, en la docencia y en la investigación, que las y los jóvenes hagan parte o tomen parte? Eso es lo que entiendo por participación: tomar decisiones. Y lo último que quiero compartir es que tenemos que imaginar alternativas al adultocentrismo. Creo que no nos queda bien un análisis que solo se dedique a constatar la existencia de este sistema de dominio; necesitamos imaginar una forma de desmontar el adultocentrismo. Si hemos hecho un análisis complejo de la realidad, ahora tenemos que crear metodologías complejas. Incluso nosotros también tenemos una mirada crítica de la juvenilización del trabajo con jóvenes. Por ello, además de trabajar con jóvenes, también necesitamos generar espacios intergeneracionales, para desarrollar herramientas y estrategias de intervención allí. Porque también necesitamos llegar a las personas con las que viven cotidianamente.

DC: Entonces el propósito superior sería contribuir a la transformación social.

MJ: En este momento, ¿cuáles son esos escenarios donde se está desplegando el adultocentrismo y cuáles serían las nuevas preguntas para este ámbito?

CD: Una de las preguntas tiene que ver con cómo profundizar en la interseccionalidad, tanto en el análisis de la realidad como en el planteamiento de alternativas de transformación; esa es una cuestión fundamental. Creo que el deterioro medioambiental es un escenario urgente donde los diálogos intergeneracionales podrían ser muy útiles, porque

les estamos dejando un mal planeta a las futuras generaciones. Otro asunto que me parece de fundamental importancia tiene que ver con los cuerpos y las sexualidades. Creo que las generaciones jóvenes están planteando un conjunto de interrogantes a partir de las aperturas que las miradas feministas y las diversidades sexuales han traído. Y necesitamos considerar estos planteamientos; pero, cuando digo considerar, no quiero decir que debamos estar de acuerdo en todo; a lo que me refiero es que nos traen preguntas que no habíamos planteado y le traen oportunidades a la humanidad en el campo de los cuerpos y la sexualidad.

DC: Y tampoco podemos pensarla en términos de las divisiones de hombres y mujeres, ni en términos de unas plenas sexualidades, como lo es solo pensar en violencias basadas en género o atacar esos efectos que no nos permiten llegar a los núcleos de esos asuntos.

CD: Exacto. Hay un conjunto de preguntas que nos sacan del binarismo y de la idea de la sexualidad para la reproducción y nos ponen en otro lugar, en el lugar de la diversidad, en el lugar del placer, y, por lo menos dentro de mi generación, esos eran asuntos inimaginados. Creo que el otro punto que se ha venido agudizando los últimos años, a propósito de la guerra en Ucrania y la matanza en Palestina, es el tema del no a la guerra y sí a la vida en paz. Me parece que de alguna manera se está volviendo a instalar en las generaciones jóvenes.

Mira, esto que voy a decir es un balbuceo, lo estamos aprendiendo a decir, porque no tengo tan elaborada la categoría que busco usar, pero creo que cada vez está quedando más en evidencia la fuerte precarización de la mayor parte de la población, a propósito de la implementación salvaje del capitalismo con ideología neoliberal en las últimas décadas. Existe una transmisión intergeneracional de esa precarización. Ver cómo estás juventudes se están viendo precarias y se imaginan precarias en el futuro, y ver esas herramientas, ese rebusque que utilizan para evitarla. Como me decían los jóvenes: “[es cuestión de] no vivir como mis padres, no vivir endeudado, no vivir estresado, no trabajar para vivir”. Entonces el escenario de la precarización en un escenario que hace falta mirar con claridad, además de sus efectos en estas generaciones; claro, si uno tiene una mirada transgeneracional.

MJ: Para finalizar, ¿cómo pensar las generaciones bajo lógica de la presencia, es decir, el devenir de todas las generaciones y el hecho de la desnaturalización, para pensar estos problemas intergeneracionales?

CD: Aquí lo que nos puede ayudar es discutir la noción de temporalidad que tenemos. Desde mi perspectiva, tenemos una noción de temporalidad muy ajustada al Occidente capitalista, una mirada que es lineal. Pero los pueblos originarios de América Latina imaginan el tiempo como una espiral y en esa espiral el pasado, presente y futuro se están entremezclando permanentemente, y el futuro es lo que estamos construyendo. Por eso es importante mostrarle a la gente que sus percepciones del pasado, presente y futuro se alojan de una manera interseccionada entre generaciones; el pasado no les pertenece [solo] a las generaciones mayores. Y es que, si tú te mueves desde esa perspectiva, no tienes ninguna posibilidad de diálogo. Entonces una necesidad para una episteme generacional sería discutir la noción de tiempo.

MJ: También pensaba en esto del capitalismo electrónico y de cómo las redes sociales emergen y también se encuentran compartimentadas generacionalmente.

CD: Realmente uno puede darse cuenta de que casi todas las generaciones han estado marcadas por una disputa tecnológica, y eso tiene que ver con la disputa de los saberes, y eso tiene que ver con una disputa por el control. La cuestión es que eso no reemplaza las interacciones cara a cara, no reemplaza el vínculo. Y es que los jóvenes siguen encontrándose, siguen tocándose, siguen teniendo piel, solo que con otros recursos. Yo diría que no tenemos que perder las maneras en que los jóvenes y las jóvenes mantienen la humanidad, a pesar de todos estos artefactos tecnológicos...

DC: Agradecemos profundamente a Claudio Duarte Quapper por compartir su tiempo y conocimientos con nosotros. Creo que lo dicho hasta aquí ha sido muy nutritivo para el conocimiento del trabajo social. Su perspectiva y dedicación a la educación popular nos han proporcionado una valiosa comprensión sobre el adultocentrismo y sus implicaciones en nuestra sociedad. Esperamos que esta entrevista inspire a

nuestros lectores a reflexionar sobre las estructuras de poder que afectan a la juventud y a considerar formas de promover una sociedad más equitativa y justa. Continuaremos explorando estos temas en futuras ediciones, comprometidos con la búsqueda de soluciones a los desafíos contemporáneos.

CD: Ha sido un verdadero placer participar en esta entrevista. Agradecemos la oportunidad de poder compartir mis experiencias y reflexiones con ustedes y con los lectores. Espero que estos diálogos contribuyan a un entendimiento más profundo de nuestras realidades sociales y que juntos podamos avanzar hacia una sociedad más justa y equitativa. Gracias por este espacio y por la labor que realizan en visibilizar estos temas tan importantes.

[299]

Maira Judith Contreras Santos
Delma Constanza Millán Echeverría

